

**Sábado 30 de abril, por la mañana**

*A la entrada y a la salida:*

*Wolfgang Amadeus Mozart, Concierto para piano y orquesta n. 23 en la mayor, KV488*

*Wilhelm Kempff, piano*

*Ferdinand Leitner – Bamberger Symphoniker, Decca*

**Don Pino.** El que está en Cristo es una criatura nueva, porque Cristo es algo que me está sucediendo ahora.

*Angelus*

*Laudes*

PRIMERA MEDITACIÓN

**Julián Carrón**

*El «misterio eterno de nuestro ser»*

Si hubiésemos podido preguntar a la Virgen cómo había empezado a concebirse a sí misma, sorprendiéndose en acción después del anuncio del ángel, habría utilizado palabras parecidas a éstas de don Giussani: «Toda la personalidad de la Virgen brota del instante en que se le dice: “Dios te salve, María”; es decir, del instante en que percibe el signo, la llamada. A partir del instante del anuncio asume su puesto en el universo y frente a la eternidad. Se establece una fuente totalmente nueva de moralidad en su vida. Brota un sentimiento de sí profundo, misterioso: una veneración de sí, un sentimiento de grandeza comparable sólo al sentido de su nada, en la que nunca ha pensado de ese modo»<sup>14</sup>.

¿Hay alguno entre nosotros al que no le gustaría vivir toda la vida dominada por este sentimiento de sí tan profundo y misterioso, por este sentido de grandeza, cuanto más consciente se es de la propia nada? Y si hubiésemos dirigido la misma pregunta a Andrés después del encuentro con Jesús, ese encuentro que le había llenado de silencio en el camino de vuelta a casa, habría podido intuir lo que le estaba sucediendo mirando a su mujer y sus hijos: «Y cuando volvieron, por la noche, al acabar la jornada – probablemente recorriendo en silencio el camino, porque jamás habían hablado entre sí como en aquel gran silencio en el que Otro había hablado, en el que Él continuaba hablando y resonando dentro de ellos– y llegaron a casa, la mujer de Andrés, mirándole, le dijo: “¿Qué te pasa, Andrés, qué te pasa?”. Y sus niños, asombrados, miraban a su padre: era él, sí, era él, pero era “más” él, era distinto. Y cuando –como dijimos una vez conmovidos con una imagen fácil de pensar porque es muy realista–, ella le preguntó: “¿Qué ha pasado?”, él la abrazó, Andrés abrazó a su mujer y besó a sus hijos: era él ¡pero jamás la había abrazado así! Era como el alba, o la aurora, o el amanecer de una humanidad distinta, de una humanidad nueva, de una humanidad más verdadera. Como si dijese: “¡Por fin!”, sin creer a sus propios ojos. ¡Pero era demasiado evidente para no creer a los propios ojos!»<sup>15</sup>.

¡Qué intensidad humana! ¿Hay alguien al que no le gustaría sentir la vibración de una humanidad tan nueva que le permitiera abrazar a su mujer de este modo? ¿Hay alguna mujer a la que no lo gustaría sentirse abrazada así? ¡No un discurso, sino sentirse

<sup>14</sup> L. Giussani, *Toda la tierra desea ver tu rostro*, San Pablo, Madrid 2000, pp. 125-126.

<sup>15</sup> L. Giussani, *El tiempo apremia*, Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación. Apuntes de las meditaciones. Suplemento de la revista *Litterae Communionis*, 1994, pp. 21-23.

abrazada así! ¡No un marido que le repita el discurso correcto, sino que le ayude a hacer experiencia de lo que le dice abrazándola así! ¿Y a qué hijo no le gustaría mirar a su padre, cuando ya todo ha comenzado a decaer por la lógica normal de la vida, y decir lleno de asombro: «Es él, pero es más él ahora que cuando era joven»?

Tal vez alguno pueda pensar que la Virgen y Andrés experimentaban el otro mundo en este mundo porque era la primera vez. Luego se les pasaría, como a todos, se desinflarían. Es como si esto confirmara nuestro escepticismo: fue así, pero luego todo decae. Pero que no termina así lo hemos visto todos con nuestros ojos, ¡todos! ¿Quién no recuerda la imponente del testimonio de don Giussani en la plaza de San Pedro cerca ya del final de su vida? «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?». Ninguna pregunta me ha impresionado en la vida tanto como ésta. Solamente ha habido un Hombre en el mundo que podía responderme, planteando una nueva pregunta: “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si luego se pierde a sí mismo? O, ¿qué podrá dar el hombre a cambio de sí?”. ¡No he escuchado jamás dirigirme ninguna otra pregunta que me dejara tan cortada la respiración como ésta de Cristo! Ninguna mujer ha escuchado jamás otra voz que hablara de su hijo con la misma ternura original, con la misma valoración indiscutible del fruto de su seno, con semejante afirmación totalmente positiva de su destino: únicamente la voz del hebreo Jesús de Nazaret. Pero, más aún: ¡ningún hombre puede sentirse afirmado mejor, con la dignidad de quien tiene un valor absoluto que está por encima de cualquier logro suyo! ¡Nadie en el mundo ha podido jamás hablar así! Solamente Cristo se toma toda mi humanidad en serio. Es lo que llenaba de estupor a Dionisio el Areopagita (s. V): “¿Quién podrá hablarnos del amor singular que tiene Cristo al hombre, desbordante de paz?”. ¡Me repito estas palabras desde hace más de cincuenta años!»<sup>16</sup>.

Cada uno puede comparar esto consigo mismo, comparar su experiencia humana y la que nos testimonian estos hombres y mujeres. No para sentirlo como el enésimo reproche por el hecho de no dar la talla –por nuestra tendencia habitual a reducir todo en términos moralistas–, sino para ser conscientes de lo que nos estamos perdiendo. ¡Lo que nos perdemos es esta intensidad, esta vibración! Y todos nosotros sabemos que es verdad, lo hemos experimentado en ciertos momentos de la vida. ¡Pero qué distancia hay muchas veces entre esos hombres y nosotros! Amigos, estamos juntos para acompañarnos, para sostenernos, para testimoniarnos mutuamente que en medio de todos nuestros límites –los límites no tienen nada que ver, dejemos de lamentarnos, ¡no tienen nada que ver!– es posible vivir así.

Ahora bien, lo primero que debemos comprender, con la compañía insustituible de don Giussani, es por qué nos afecta esta reducción.

## 1. La confusión del “yo”

«Sobre la palabra “yo” existe hoy una gran confusión, y sin embargo es de primordial interés comprender qué es *mi sujeto*. Porque mi sujeto, de hecho, está en el centro, en la raíz de todos mis actos (acto es también un pensamiento). La acción es la dinámica mediante la que yo entro en relación con cualquier persona o cosa. Si descuido mi “yo”, es imposible que sean mías las relaciones con la vida, que la misma vida (el cielo, la mujer, el amigo, la música) sea mía. [...]: hoy la palabra “yo” evoca para la inmensa mayoría algo confuso y fluctuante, un término que se usa por comodidad con mero valor indicativo (como “botella” o “vaso”). Pero detrás de esta palabreja ha dejado de

---

<sup>16</sup> L. Giussani, «En la sencillez de mi corazón te he dado todo con alegría», en L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, pp. 11-12.

vibrar cualquier cosa que indique con vigor y claridad qué clase de concepto y sentimiento posee el hombre del valor de su propio “yo”. Por ello puede decirse que vivimos una época en que la civilización parece fenecer, pues una civilización evoluciona en la medida en que favorece que salga a la superficie y quede claro el valor de cada “yo” individual. Y, al contrario, atravesamos tiempos en los que se favorece una enorme confusión en torno al contenido de la palabra “yo”<sup>17</sup>.

Es lo que describe –por poner un ejemplo– este pasaje de la novel de Roth *La contravida*: «Todo lo que puedo decirte con certeza es que yo, por ejemplo, no tengo un yo, y que no quiero o no puedo someterme a la bufonada de un yo. Lo que tengo en lugar del yo es una variedad de interpretaciones en las que puedo producirme, y no sólo de mí mismo: toda una *troupe* de actores que he interiorizado, una compañía estable a la que puedo dirigirme cuando necesito un yo, un stock de libretos y papeles que forman mi repertorio. Pero seguramente no poseo un yo independiente de mis engañosos intentos artísticos de tener uno. Y no lo querría. Soy un teatro y nada más que un teatro»<sup>18</sup>.

¡Una experiencia que no responda a esta mentalidad tan difundida, a pesar de todas las reuniones e iniciativas que llevamos a cabo, está derrotada! Es el eclipse de la humanidad, como dice de nuevo Heschel: «La incapacidad de percibir nuestro valor [...] es de por sí un castigo terrible»<sup>19</sup>, que sufrimos en nuestra propia carne todos los días.

Pero, ¿cómo ha llegado a suceder esto? «La primera constatación que surge, al comenzar cualquier investigación seria sobre lo que constituye nuestro sujeto, es que la confusión que predomina actualmente detrás de la frágil máscara (casi un *flatus vocis*) de nuestro yo, procede, en gran parte, de un influjo exterior a nuestra persona. Es preciso tener bien en cuenta la influencia decisiva que ejerce sobre nosotros lo que el Evangelio llama “el mundo”, que se presenta como enemigo de la formación estable, digna y consistente de la personalidad humana. Existe una fortísima presión del mundo que nos rodea (a través de los medios de comunicación de masas, pero también por medio de la escuela o la política) que influye en nosotros y acaba por impedir –en forma de prejuicio– cualquier intento de tomar conciencia de nuestro propio yo»<sup>20</sup>.

¿Qué es este “mundo”, esta influencia externa? Es el poder –como nos ha dicho don Giussani en muchas ocasiones–, que no permanece externo a nosotros (como dice Bernanos, hablando de la opinión dominante: «Frente a ella se agotan las energías, se empobrecen los caracteres, pierden su claridad las sinceridades»<sup>21</sup>), sino que, por el contrario, penetra tan profundamente en nosotros que nos convertimos en extraños para nosotros mismos. ¡Ojalá fuese sólo una persecución exterior y permaneciese intacta nuestra autoconciencia, ojalá! «Lo que nos rodea, la mentalidad dominante, la cultura que nos invade, el poder, produce una extrañeza con respecto a nosotros mismos [¡nos arranca el alma!]: es como si ya no hubiera ninguna evidencia real mas que la moda, porque la moda es un proyecto del poder»<sup>22</sup>.

Escuchemos de nuevo a don Giussani: «La mentalidad común, creada por los medios de comunicación y por toda la trama de instrumentos que tiene el poder –que se espesan cada vez más, lo que hace decir a Juan Pablo II que el peligro de la época que estamos atravesando es la abolición del hombre por parte del poder–, altera el sentido de uno

---

<sup>17</sup> L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 7.9.

<sup>18</sup> P. Roth, *La contravida*, Einaudi, Torino 2010, p. 388. EXISTE EN ESPAÑOL: Planeta 2007.

<sup>19</sup> A.J. Heschel, *Chi è l'uomo?*, Se, Milano 2005, p. 43.

<sup>20</sup> L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., p. 8.

<sup>21</sup> G. Bernanos, *Un uomo solo*, La Locusta, Vicenza 1997, p. 41.

<sup>22</sup> L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, Bur, Milano 2010, p. 182.

mismo, el sentimiento de sí, más concretamente, atrofia el sentido religioso, atrofia el corazón, mejor aún, lo anestesia totalmente (una anestesia que puede convertirse en coma, pero es una anestesia)»<sup>23</sup>.

Un signo de esta alteración del sentido de nosotros mismos, de esta extrañeza, es la lectura que hacemos de nuestras necesidades. Por eso nos advierte don Giussani: «Hay que estar muy atentos porque con demasiada facilidad no partimos de nuestra verdadera experiencia, es decir, de la experiencia completa y genuina. En efecto, a menudo identificamos la experiencia con impresiones parciales, reduciéndola así a una caricatura, como sucede frecuentemente en el campo afectivo, al enamorarse o soñar sobre el porvenir. Y, más a menudo todavía, confundimos la experiencia [aunque no se nos caiga de la boca esta expresión] con los prejuicios o con los esquemas quizá inconscientemente asimilados del ambiente que nos rodea [“coinciden” de tal forma con nosotros mismos que creemos que son nuestros: ¡hasta este punto llega la influencia del poder!]. De ahí que en vez de abrirnos con esa actitud de espera, de atención sincera, de dependencia, que la experiencia nos sugiere y exige profundamente, le imponemos a la experiencia categorías y explicaciones que la bloquean y angustian, presumiendo de comprenderla [imponemos los esquemas a la experiencia: sólo se cuentan hechos, que no aportan claridad alguna sobre nosotros mismos, sólo comentarios, lo que quiere decir que no hay experiencia alguna]. El mito del “progreso científico que resolverá un día todas nuestras necesidades” es la fórmula moderna de esta presunción, una presunción salvaje y repugnante: no considera nuestras auténticas necesidades, ni siquiera sabe en qué consisten; se niega a observar la experiencia con mirada clara, y a aceptar lo humano en toda su exigencia. Por eso la civilización de nuestros días hace que nos movamos ciegamente entre esta exasperada presunción y la más oscura desesperación»<sup>24</sup>.

Dice el estudioso francés Rey: «Estamos tan acostumbrados a esta miseria que la mayoría de las veces ni siquiera la percibimos»<sup>25</sup>: nos contentamos.

Pero Giussani nos advierte de que esta influencia del poder es directamente proporcional a nuestra impotencia. ¿Por qué lo dice? Porque «ningún hecho humano puede atribuirse en su totalidad a meras circunstancias exteriores, ya que la libertad del hombre, aún debilitada, sigue siendo un signo indeleble de la criatura de Dios»<sup>26</sup>. El pecado original ha debilitado mi “yo”, pero yo sigo siendo criatura de Dios, no me identifico con una pieza del mecanismo de las circunstancias del poder. Esto quiere decir que esta incidencia tan fuerte del poder en nosotros tiene lugar también gracias a nuestra connivencia. Lo que podría parecer una acusación ulterior de Giussani, en realidad se convierte para él en el recurso para el contraataque. El hombre no está definitivamente derrotado. Y por eso nos dice: «No hablamos del poder porque tengamos miedo, hablamos del poder para despertarnos del sueño. La fuerza del poder es nuestra impotencia. [...] En cualquier caso, nosotros no tenemos miedo del poder, sino de la gente que duerme y, por tanto, permite al poder hacer lo que quiera de ellos. El poder adormece a todos lo más que puede. Su gran sistema, su gran método es el de adormecer, anestesiarse o, mejor todavía, atrofiarse. Pero, ¿qué atrofia el poder? Atrofia el corazón del hombre, las exigencias del hombre, los deseos, busca imponer una imagen de deseo o de exigencia distinta de ese ímpetu sin límite que tiene el corazón. El

---

<sup>23</sup> *Ibidem*, pp. 364-365.

<sup>24</sup> L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 1997, p. 60.

<sup>25</sup> O. Rey, *Itinéraire de l'égaré*, Seuil, Paris 2003, p. 17.

<sup>26</sup> L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2004, p. 51.

resultado de esta educación es gente limitada, acabada, prisionera, medio cadáver, es decir, gente impotente»<sup>27</sup>.

Es esa «somnolencia de los discípulos [que] sigue siendo a lo largo de los siglos una ocasión favorable para el poder del mal»<sup>28</sup> de la que habla el Papa en su reciente libro.

¿Cómo podemos saber que el poder no tiene razón? «Tú sabes qué hay en el corazón del hombre, porque está en ti. ¿Cuál es el criterio para comprender la verdad sobre el hombre (lee *El sentido religioso*)? La reflexión sobre uno mismo en acción [¡no un discurso correcto y limpio!]. No hay otro criterio»<sup>29</sup>. ¡No hay otro!

Pero, como nos recordaba Hannah Arendt: «Por desgracia, parece que es mucho más fácil condicionar el comportamiento humano y hacer que la gente se conduzca de la manera más inesperada y atroz que convencer a todo el mundo para que aprenda de la experiencia, tal como suele decirse: a saber empezar a pensar y a juzgar en lugar de aplicar categorías y fórmulas profundamente enraizadas en nuestra mente »<sup>30</sup>. ¡Qué ayuda nos ofreceríamos unos a otros si nos acompañásemos en esto!

Me escribe una amiga: «Querido Julián, el jueves pasado quedé a comer con algunos amigos de nuestro grupo y con nuestro responsable. Tratamos de retomar el trabajo sobre el cuarto capítulo de *El sentido religioso*. Empezamos a contarnos hechos que habían sucedido esa semana, hechos que nos habían impresionado especialmente, por motivos positivos o negativos, y que habían suscitado en nosotros un cierto tipo de asombro, alegría o dolor. Sin embargo, nuestro responsable nos invitaba a buscar en lo que había sucedido “los factores constitutivos de nuestro ‘yo’”, sin caer en respuestas ya sabidas y conciliadoras [me consuela saber que no pasa sólo conmigo...]. No te oculto que fue un trabajo muy provocador y, por lo que a mí respecta, incluso doloroso. Me di cuenta de que, a menudo, el grito y la exigencia de bondad, justicia y belleza, ante las circunstancias de la vida, es ahogado, y estoy tentada de dejar que se ahogue. Mi grito auténtico, el mío. No el de mis compañeros de trabajo, sino el mío. No el de los amigos del movimiento, sino el mío. El mío, que es absolutamente original y me hace percibir esa desproporción inmensa, esa ausencia, esa espera. Es como estar al descubierto, no te puedes esconder detrás de lo ya sabido o detrás de los amigos “que piensan como tú”. Estás tú y ese misterio inmenso que es tu grito frente a las circunstancias, en las circunstancias que más te importan. Es un grito vertiginoso, y con frecuencia tengo miedo de él. Paradójicamente, he necesitado un amigo para poder mantenerme ante mi grito. He necesitado el testimonio de este amigo mío, que nos ha desafiado a todos: él estaba “solo” contra todos, y sin embargo, nunca lo he sentido tan amigo como entonces. El trabajo acaba de empezar».

Amigos, debemos decidir continuamente si queremos seguir verdaderamente a don Giussani, o nos quedamos únicamente en la intención de seguirle, para después añadir como un pegote nuestros pensamientos a los hechos. Porque sólo si nos sorprendemos en acción, como él nos enseña, podremos sacar a la luz todo lo que somos. Para hacer este trabajo, contamos con la ayuda del capítulo quinto de *El sentido religioso* (para continuar nuestro recorrido), en donde Giussani describe la verdadera naturaleza del “yo”, de un “yo” que no está reducido. Cada uno puede comparar esa vibración humana y el apagarse del deseo en el que nos encontramos muchas veces, y en el cual, como

---

<sup>27</sup> L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., pp. 173-174.

<sup>28</sup> Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Encuentro, Madrid 2011, p. 181.

<sup>29</sup> L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 365.

<sup>30</sup> H. Arendt, *Responsabilidad y juicio*, Paidós, Barcelona 2007, p. 65.

dice don Giussani, tienen su origen «la desorientación actual de los jóvenes y el cinismo de los adultos»<sup>31</sup>.

## 2. El «misterio eterno de nuestro ser»

«Nada hay tan fascinante como el descubrimiento de las dimensiones reales que tiene nuestro “yo”; nada está tan repleto de sorpresas como el descubrimiento de nuestro rostro humano»<sup>32</sup>, dice de nuevo don Giussani. Por eso se trata de una aventura apasionante, pero –como acabamos de escuchar–, para lanzarnos a esta aventura y vencer la extrañeza con respecto a nosotros mismos hace falta alguien que nos ayude a mirar nuestro rostro humano, alguien que no se asuste de mi humanidad. Como escribe una chica a un amigo: «En este momento siento la necesidad de hablar contigo, ahora que esas preguntas que durante tanto tiempo he tenido escondidas dentro de mí, encerradas y encadenadas, han explotado finalmente. Finalmente... Todo ha conspirado y conspira contra mí, todo, hasta mi madre me decía: “Estate tranquila, se te pasará esa tristeza”; o también: “No pienses en ello”... Pero no se me ha pasado, y no he dejado de pensar en ello, porque es una necesidad de sentido atenazante, que no me deja y me atormenta sin cesar cada día, en todo momento, sin tregua. Todos han tratado de domesticarme, de tranquilizarme, de ahorrarme el sufrimiento y de hacer que todo sea más soportable; han tratado de sedar un corazón inquieto que, sin embargo, nunca tenía intención de dejar de desear y de pedir más. Después has llegado tú. Nunca había tenido un amigo como tú. Eres el único que no se ha espantado ni escandalizado ante mi dolor y ante mi exigencia de infinito. Nadie me ha mirado nunca como tú. Mi corazón ha temblado, ha vibrado como nunca. Me he visto repentinamente invadida por la conciencia amarga de que hasta ahora nadie me había mirado como deseaba verdaderamente, pues todos dejaban a un lado mi urgencia incómoda, compartiendo conmigo todo, menos lo que era indispensable. Pero una vida que no considera mi humanidad, las exigencias más viscerales e íntimas, no es vida, no es ni siquiera muerte, es sólo un llanto desesperado. Yo no puedo dejar a un lado mi búsqueda de sentido, pues si lo hago me ahogo, no pudo seguir adelante, todo se vuelve igual, plano, inútil, aburrido y terriblemente insoportable. El encuentro contigo ha creado en mí una pretensión con relación a toda mi vida, a cada segundo, y ya no quiero seguir viviendo por menos de esto. Has encendido en mí una pasión, un gusto que nunca había saboreado. Necesito junto a mí personas que estén a la altura del pensamiento que domina mi vida, personas con las que pueda en cada momento hablar de lo que realmente vale. Quiero estar contigo porque no me reduces, no me niegas, no me mortificas, no me consuelas y no tratas de darme una respuesta, no tratas de distraerme o de levantarme la moral, sino que compartes conmigo la espera, la pregunta, la nobleza de nuestro dolor, la grandeza de ese deseo ilimitado y la desproporción que crea. Te necesito porque me haces mirar a la cara y estar en pie ante este terrible pero querido dolor, ante este terrible pero querido pensamiento que me hace tan humana».

Pensemos en la Samaritana: la mirada de aquel Hombre desveló justamente la verdadera naturaleza de su «sed»<sup>33</sup>, igual que le ha pasado a esta chica con su amigo.

Por tanto, «el punto de partida para investigar lo que nos interesa está en nuestra propia experiencia, en nosotros-mismos-en-acción. [...] El factor religioso representa la naturaleza de nuestro yo en cuanto se expresan ciertas preguntas: “¿Cuál es el

---

<sup>31</sup> L. Giussani, *El yo, el poder, las obras*, Encuentro, Madrid 2001, p. 154.

<sup>32</sup> L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., p. 8.

<sup>33</sup> Jn 4,15.

significado último de la existencia?”, “¿Por qué existe el dolor, la muerte?”, “¿Por qué vale la pena realmente vivir?”»<sup>34</sup>.

La primera característica de estas preguntas es que son inextirpables: «Estas preguntas arraigan en el fondo de nuestro ser: son *inextirpables*, porque constituyen como el tejido del que está hecho»<sup>35</sup>. Afirma de nuevo Heschel: «A pesar de los fracasos y las frustraciones, seguimos estando obsesionados por esta pregunta inexpressable, y no sabemos aceptar la idea de que la vida esté vacía, de que carezca de significado»<sup>36</sup>. Y, como dice Leopardi, a pesar del naufragio universal, la pregunta permanece: «Al igual que una torre / en campo solitario, / estás solo, gigante, en medio de ella»<sup>37</sup>. Ese pensamiento dominante, «terrible, mas valioso»<sup>38</sup> es el indicio de algo que no se ahoga en el contraste señalado, que emerge de nuevo desde el naufragio universal, algo que «la infinita vanidad del todo»<sup>39</sup> no consigue eliminar. Pensemos en el hijo pródigo: cuando se da cuenta de la infinita vanidad de las cosas, su urgencia humana se hace más aguda que antes.

Por eso, la segunda característica de estas preguntas es que son inagotables, llevan dentro una exigencia de totalidad: «En tales preguntas el aspecto decisivo nos lo muestran los adjetivos y adverbios: ¿cuál es el sentido *último* de la vida? ¿*En el fondo*, de que está hecha la realidad? ¿Por qué vale *verdaderamente* la pena que yo exista, que exista la realidad? Son preguntas que agotan la energía, toda la energía para investigar que tiene la razón. Preguntas que exigen una respuesta total, que cubra por entero el horizonte de la razón, agotando todas las “categorías de lo posible”. En efecto, la razón tiene una coherencia que no le permite detenerse si no llega exhaustivamente hasta el fondo de todo, hasta el final. “Bajo el denso azul / del cielo un ave marina vuela; / nunca descansa, porque todas las imágenes llevan escrito: / ‘más allá’”<sup>40</sup>. Empezar a reconocer esto se convierte en luz para el camino de la vida. Mirad lo que dice don Giussani comentando este pasaje de Montale: «El problema es, de hecho, no vivir las relaciones como si fuesen “dioses”, como si fuesen relaciones con lo divino; son relaciones con el signo, y por tanto no pueden cumplir; pueden convertirse en camino, paso, signo, pueden remitir, como decía Clemente Rebora en la poesía que he citado en *El sentido religioso*: “No es aquí, no es para esto”; todas las cosas que aferras te dicen: “No es aquí, no es para esto, ¡no es para esto!”. Y Montale, desde un punto de vista pagano, ateo, dice: todas las cosas gritan de forma extraña, llevan escrito “más allá”. Y entonces deben tratarse no como si dijese: “Yo soy todo”; y esto permite gozar más las cosas, las personas, porque, por ejemplo, es mucho más fascinante ser compañeros de un camino que cómplices de un goce provisional»<sup>41</sup>.

Cada uno de nosotros puede elegir.

Por eso, una persona verdaderamente atenta a la experiencia no puede dejar de reconocer la desproporción estructural que constituye nuestro “yo”, y que Leopardi ha descrito de forma insuperable en este texto: «El no poder estar satisfecho de ninguna cosa terrena, ni, por así decirlo, de la tierra entera; el considerar la incalculable amplitud del espacio, el número y la mole maravillosa de los mundos, y encontrar que todo es poco y pequeño para la capacidad del propio ánimo; imaginarse el número de mundos infinitos, y el universo infinito, y sentir que nuestro ánimo y nuestro deseo son aún

<sup>34</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 71.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 73.

<sup>36</sup> A.J. Heschel, *Chi è l'uomo?*, op. cit., p. 71.

<sup>37</sup> G. Leopardi, «El pensamiento dominante», vv. 18-20.

<sup>38</sup> *Ibidem*, v. 3.

<sup>39</sup> G. Leopardi, «A sí mismo», v. 16.

<sup>40</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 73.

<sup>41</sup> L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 385.

mayores que el mismo universo, y siempre acusar a las cosas de su insuficiencia y de su nulidad, y padecer necesidades y vacío, y, aún así, aburrimiento, me parece el mayor signo de grandeza y de nobleza que se pueda ver en la naturaleza humana»<sup>42</sup>.

¡Qué sentimiento de grandeza! «La imposibilidad de agotar esas preguntas exalta la *contradicción* que hay entre el ardor de la exigencia y la limitación de la capacidad humana para buscar. Y, aún así, leemos con gusto aquellos textos en cuya temática resuena la vibración de esas preguntas y la dramaticidad de nuestra desproporción»<sup>43</sup>. Esta contradicción irresoluble es el «Misterio eterno / de nuestro ser»<sup>44</sup>, que entre nosotros es lo que más falta, y justamente por la razón a la que nos hemos referido: por la influencia que tiene el poder sobre nosotros, con nuestra connivencia. No falta Dios, falta el misterio de nuestro “yo”, ¡ese eterno misterio de nuestro ser! Por eso no tenemos necesidad de Él, y buscamos la respuesta donde la buscan todos.

Pero cuando uno empieza a experimentar de forma reflexiva este misterio eterno de su propio ser, entonces comienza a vencer esa confusión que arruina la vida, y descubre en sí una claridad de juicio única. Aquí tenéis el ejemplo dramático de un amigo que me escribe: «Querido Julián, quería contarte un hecho que está trastocando mi vida. Lo hago después del reclamo que nos hiciste en la última Escuela de comunidad cuando, citando el texto del canto *Il mio volto*, nos decías: “‘Miro dentro de mí y veo la oscuridad sin fin’. Si no sorprendemos esto es porque lo que más nos falta – volveré sobre ello en los Ejercicios de la Fraternidad– es el sentido del Misterio. Esto se ve en el hecho de que nosotros, al final, buscamos la satisfacción de la vida donde la buscan todos”. Pues bien, yo, que estoy en CL desde hace años, que estoy casado y tengo hijos, me he enamorado de una chica. He necesitado algún tiempo para comprenderlo, porque en el fondo no quería admitirlo, pero es así. Trataba de rechazar esta evidencia “añadiendo a Cristo” a nuestra amistad, pero era evidente que se trataba únicamente de un consuelo psicológico para no mirar la deriva de mi “yo”. Cada fibra de mi ser vibra ante el rostro de esa persona. Si me he armado de valor y he decidido escribirte es porque después de la Escuela de comunidad sobre el capítulo “El sentido religioso: el punto de partida”, he empezado a mirar mi situación hasta el fondo, para sorprender en acción los factores constitutivos de mi “yo”. Y he descubierto que soy verdaderamente una necesidad ilimitada, una necesidad que no puede satisfacer ni siquiera un rostro hermoso y puro como el de esa chica. Ha sido suficiente con un instante en el que he reconocido esta evidencia para que la confusión alimentada por esta situación se haya disuelto, sin eliminar el sacrificio enorme de la distancia de ella y el dolor que experimento cuando pienso en mi mujer, a la que quiero con toda el alma, en mis preciosos hijos, en mis amigos y testigos. Por primera vez percibo hasta el fondo el misterio de mi ser, su amplitud infinita y al mismo tiempo su nulidad y pequeñez. La sorpresa es que, dentro de todo este dolor, veo ante mí la belleza y la conveniencia del camino verdaderamente humano que nos estás proponiendo, con una decisión y una franqueza que son para mí el signo más grande de la ternura de Dios por mi nada. Si Cristo no fuese una presencia real para mí, no sería capaz de mirarme así. Y estoy verdaderamente agradecido por esto, porque no tengo que desechar nada de mi humanidad, es más, todo lo que me está sucediendo es una provocación que me empuja a preguntarme de Quién soy, a Quién quiero dar toda mi vida. Ya no quiero vivir como si tuviese el encefalograma plano».

---

<sup>42</sup> G. Leopardi, «Pensamiento LXVIII», en *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, pp. 465-466.

<sup>43</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 75.

<sup>44</sup> G. Leopardi «Sobre el retrato de una bella mujer esculpido en el monumento sepulcral de la misma», vv. 22-23.



Sólo así se puede resolver la vida superando un moralismo estéril. Si somos capaces de mirar hasta el fondo el misterio de nuestro ser, percibimos que todo es pequeño para la capacidad del ánimo –¡cuántas complicaciones en la vida por no comprender esto!–, porque no resuelve nada irse detrás de la primera que pasa, no resuelve nada, sino que lo complica todavía más, para terminar encontrándonos como al principio. Y ante algo así no podemos responder de forma moralista: «Está prohibido», para luego decirnos a nosotros mismos: «En el fondo me estoy perdiendo lo mejor». ¡Significa que no hemos comprendido nada! Como dice Gertrud von le Fort: cualquier cosa, considerada desde el punto de vista religioso, adquiere lucidez y claridad.

De este modo, mirarnos a nosotros mismos por el misterio que somos nos permite comprender lo que hay en nosotros (y que tantas veces nos desconcierta), como, por ejemplo, la tristeza, «la gran *tristeza*, característica fundamental de la vida consciente de sí, “deseo de un bien ausente”, como decía santo Tomás»<sup>45</sup>. Cuando siento tristeza es porque deseo un bien que está todavía ausente. Por eso, ser conscientes del valor de esa tristeza se identifica con la conciencia de la estatura de la vida y con el sentimiento de su destino. Y entonces uno puede percibir la verdad de esta tristeza como nos la describe Dostoievski (¡todo menos una desgracia!): «Aquella eterna y santa tristeza que algunas almas elegidas, una vez saboreada y conocida, nunca cambian por una satisfacción barata»<sup>46</sup>.

Y refiriéndose a Dostoievski, prosigue don Giussani: «Si la tristeza es una chispa que salta de la “diferencia de potencial” que vivimos entre el destino ideal y nuestra carencia histórica, la ocultación de esta diferencia –suceda como suceda– engendra el opuesto lógico de la tristeza: la *desesperación*. “ La sola idea constante de que exista algo infinitamente más justo y más feliz que yo me llena totalmente de desmedida ternura y de gloria, sea yo quien sea, haya hecho lo que haya hecho. Para el hombre, bastante más indispensable que su propia felicidad es saber y creer en todo momento que existe un lugar donde hay una felicidad perfecta y calma para todos y en todo... En esto se resume toda la ley de la existencia humana: en que el hombre pueda inclinarse ante lo infinitamente grande. Si los hombres se vieran privados de lo infinitamente grande, ya no podrían vivir y morirían presos de desesperación”»<sup>47</sup>.

Por eso, el “yo” sorprendido en acción se revela como promesa, como describía Pavese de modo genial: «Lo que un hombre busca en los placeres es un infinito, y nadie renunciaría nunca a la esperanza de conseguir esta infinitud»<sup>48</sup>, porque «la espera constituye la estructura misma de nuestra naturaleza, [...] la vida es estructuralmente promesa»<sup>49</sup>. No lo decidimos nosotros, es así.

Por tanto, cuanto más entra uno en el misterio de su propio ser, más se da cuenta de qué es la verdadera soledad –que no es el sentimiento pasajero de sentirse solos, esto no sería nada–: «Se puede perfectamente decir que el sentido de la soledad nace en el corazón mismo de cualquier compromiso serio con la propia humanidad [cuanto más serio es uno con su propia humanidad, más se da cuenta de la naturaleza de sus necesidades y más siente la impotencia de no poder responder a ellas]. Puede entender bien esto todo aquél que haya creído haber encontrado la solución a una gran necesidad suya en algo o en alguien; pero luego esto le desaparece, se va, o se revela incapaz. Estamos solos con nuestras necesidades, con nuestra necesidad de ser y de vivir intensamente. Como uno que está solo en el desierto: lo único que puede hacer es

---

<sup>45</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 79.

<sup>46</sup> F. Dostoievski, *Los demonios*, en *Obras completas*, vol. II, Aguilar, Madrid 1986, p. 1.098.

<sup>47</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 80-81.

<sup>48</sup> C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 1992, p. 198.

<sup>49</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 82.

esperar a que alguien llegue. Y la solución no vendrá ciertamente del hombre; porque lo que se trata de resolver son precisamente las necesidades del hombre»<sup>50</sup>.

Precisamente en este punto podemos empezar a vislumbrar cuál es la verdadera compañía: «El filósofo americano Alfred N. Whitehead define la religión de esta manera: “Aquello que hace el hombre en su soledad”. La definición es interesante, aunque no expresa todo el valor del que parte la intuición que la ha engendrado. Pues, en efecto, la pregunta última es constitutiva del individuo, y en este sentido el individuo está totalmente solo: él mismo es ese interrogante, y no otra cosa. Por eso, si contemplamos a un hombre, una mujer, un amigo o un caminante sin que resuene en nosotros el eco de la pregunta, de la sed de destino que lo constituye, nuestra relación no será una relación humana, y menos aún podrá tratarse de una relación amorosa a cualquier nivel que sea: no respetará la dignidad del otro, no será adecuada a la dimensión humana del otro. La misma pregunta, en el idéntico instante en que define mi soledad, sienta también las bases de mi compañía, porque significa que yo estoy constituido por otra cosa, aunque permanezca misteriosa para mí. Por tanto, si quisiéramos completar la definición del filósofo americano, la religión es ciertamente lo que el hombre hace en su soledad, pero también es aquello en lo que descubre su esencial compañía. Tal compañía es además más original que la soledad, porque el interrogante estructural no ha sido engendrado por un querer mío; me ha sido dado. Por eso, antes que la soledad está la compañía que abraza mi soledad, de manera que ésta ya no es una verdadera soledad, sino un grito que recuerda la compañía escondida»<sup>51</sup>. Por eso, quien vive esta soledad, esta impotencia, esta falta, no puede dejar de gritar, como en la poesía de Luzi: «¿De qué es falta esta falta, / corazón, / que de golpe estás lleno de ella? / ¿De qué?»<sup>52</sup>.

### 3. La nostalgia del “Tú”

Éste es el culmen de la búsqueda, el culmen que sorprendemos en nosotros, donde el “yo” expresa lo que es, si no está reducido. Como muestra maravillosamente la poesía de Lagerkvist: «Un desconocido es mi amigo, / uno a quien no conozco (no sé lo que busco, no lo conozco]. / Un desconocido lejano, lejano. / Por él mi corazón está lleno de nostalgia. / Porque él no está cerca de mí. / ¿Quizá porque no existe? / ¿Quién eres tú que llenas mi corazón de tu ausencia, / que llenas toda la tierra de tu ausencia?»<sup>53</sup>.

Con esta palabra –nostalgia–, Lagerkvist describe de forma sencilla lo que Giussani dice al final del capítulo quinto: «La afirmación de que existe la respuesta, como algo que está implicado en el hecho mismo de la pregunta»<sup>54</sup>. La nostalgia es una experiencia humanísima a través de la cual podemos comprender que el hecho mismo de tenerla, implica que existe el otro del que tengo nostalgia, pues, en caso contrario, no existiría la nostalgia como experiencia, no sentiríamos la ausencia de nadie. Pensad cuándo habéis experimentado nostalgia de alguien o de algo: ¿no es acaso porque ese alguien o algo ya existía y existe?

Un “yo” que no está reducido es un “yo” que experimenta dentro de sí esta nostalgia, nostalgia de un “Tú” real y misterioso, una nostalgia contenida en el mismo

---

<sup>50</sup> L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, op. cit., p. 61.

<sup>51</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 85-86.

<sup>52</sup> M. Luzi, «Di che è mancanza», vv. 1-5.

<sup>53</sup> P. Lagerkvist, «Uno sconosciuto è il mio amico», in *Poesie*, Guaraldi-Nuova Compagnia Editrice, Rimini-Forlì 1991, p. 111.

<sup>54</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 87.

impulso con el que entramos en relación con la realidad. Los salmos nos lo muestran de forma única: «Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo. Mi alma está sedienta de ti, mi carne tiene ansia de ti como tierra reseca, agostada, sin agua. ¡Cómo te contemplaba en el santuario, viendo tu fuerza y tu gloria! Tu gracia vale más que la vida, te alabarán mis labios. Toda mi vida te bendeciré, y alzaré las manos invocándote. Me saciaré como de enjundia y de manteca, y mis labios te alabarán jubilosos. En el lecho me acuerdo de ti, y velando medito en ti, porque fuiste mi auxilio, y a la sombra de tus alas canto con júbilo; mi alma está unida a ti y tu diestra me sostiene»<sup>55</sup>. O también: «Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío. Tiene sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?»<sup>56</sup>.

No falta Dios, ¡falta un hombre así! Un hombre que lleve en su interior esta nostalgia, esta sed... ¿Comprendéis por qué dice Jesús: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed»<sup>57</sup>? ¡Bienaventurados! Sólo un “yo” verdadero que está despierto puede reconocerle conmovido. Esto confirma además la razonabilidad del recorrido que don Giussani nos invita a hacer –¡me parece!–, y es decisivo que no nos lo ahorre: es una gracia.

La lucha con el poder se produce a este nivel. Un “yo” así es la victoria sobre el poder, sobre el intento del poder de reducir el ímpetu de su deseo, de aplastarlo. Para un “yo” como éste, los ofrecimientos del poder son migajas, porque sabe que ningún regalo puede bastar, porque un hombre así sabe dónde encontrar su descanso, un descanso a la altura de su necesidad, el único descanso que de verdad descansa: «Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti»<sup>58</sup>.

Cuanto más consciente es un ser humano de que sólo en Él encuentra descanso, más se conmueve por el hecho mismo de que exista Dios. No puede evitar conmoverse por Su existencia, como repetía con frecuencia don Giussani: «Mi corazón está alegre porque Cristo vive»<sup>59</sup>.

Por eso, su presencia nos llena de silencio: «Señor, te esperamos deseando tu nombre y tu recuerdo»<sup>60</sup>. Pero este deseo no puede sobrevivir ni siquiera unos pocos minutos si no se convierte en petición, porque la verdadera forma del deseo es la petición: se llama oración.

---

<sup>55</sup> *Sal* 62,2-9.

<sup>56</sup> *Sal* 42,2-3.

<sup>57</sup> *Mt* 5,6.

<sup>58</sup> San Agustín, *Confesiones*, I, 1.

<sup>59</sup> L. Giussani, *L'Alleanza*, Jaca Book, Milano 1979, p. 106.

<sup>60</sup> *Is* 26,8.